

JORGE LUIS BORGES, NOTA PRELIMINAR

Nancy Fernández
CONICET- Unmdp

*E*mpezar a hablar de Borges es recurrir casi a un pleonasmio, bifurcado en una red de variaciones deambulando en torno de un centro. Escritura y vida (para crear un linaje autobiográfico y a su vez, fundar la Historia nacional); escritura y tiempo (para medir la eficacia de la repetición), escritura y espacio (campo, ciudad y mitología barrial). Ese centro es el Otro, la cifra de un destino que interpela a Dahlman, a Fierro, al Moreno y a Cruz. Como complementos y también como inversiones especulares (traidor y héroe, Lönnrot y Scharlach, Borges y Carlos Argentino Daneri). Ese centro es el instante, el punto que es universo y eternidad, signo donde la posibilidad admite el retorno circular o cíclico y la probabilidad desestima las tramitaciones verídicas de la certeza. En este sentido, los libros de Borges privilegian la construcción de una verdad atenta a la historia en su autenticidad: ese es el vínculo más íntimo que la ficción pacta con lo real: la concepción de una verdad constitutiva del texto y de un lenguaje (una trama, un sistema de argumentación, un imaginario ambivalente donde el plano mínimo de la anécdota otorga el mismo grado de credibilidad a lo onírico que a lo acontecido. Así puede ser posible morir a cielo abierto, en la ley del contrapunto y del desafío, o morir hospitalizado, en soledad, de septicemia. La fábula, la narratividad, es en Borges pura potencia instalada en ese punto nodal que es intensivo. O en todo caso, si alguna vez se aproximó a la extensión, fue en algunos relatos de *Historia universal de la infamia*. La alternancia lúdica con los nombres propios, fue una operación para desplazar prerrogativas enquistadas sobre el concepto de autor; el lector revierte la forma del proceso de producción y ocupa el lugar fundamental. La firma de Borges queda velada en otras rúbricas que a su vez se desdoblan en otros grados de subjetividad. Borges/Bioy, Bustos Domecq, Suarez Lynch, signos que siembran

rastros identitarios cuya pertenencia afirma una y otra vez nuestro punto de partida: la escritura. Pues ese repertorio onomástico refrenda estirpes y genealogías de vidas escritas. No es concebible la obra de Borges sin el lugar que le concede a la lectura. Son sus prosas críticas el modo inaugural de desplazar los rigores academicistas que la crítica fiscalizaba desde Roberto Giusti con su revista *Nosotros*, en los primeros años del siglo XX cuando Borges llegaba de España y traía, para abandonarlo rápidamente, el movimiento ultraísta. Y desde esas lecturas misceláneas, fragmentarias, deliberadamente menores, Borges va a reinventar una idea de tradición que hace caducar los valores de la propiedad o de la pertenencia. Así el lector será un escritor que traduce, cuyo pasaje entre lenguas vislumbra el trazo del traidor. Aún en *Sur*, la revista que dirigía Victoria Ocampo a partir de la década del 30', Borges seguirá siendo un lector sesgado. Y será desde su conciencia material, que Borges prolongará los plazos para extenderle a la gauchesca, un certificado de legitimidad revalidado desde la noción de uso y de reescritura. Aquí es donde la verdad del texto puede ser apócrifa, dando una vuelta más al oxímoron y a la lógica; también en esta perspectiva, la cita erudita es parodia apócrifa o marca cultural.

Los trabajos aquí reunidos dan testimonio de la productiva potencialidad que continúa generando su poética. Abordajes diversos y rigurosos en cada objeto de estudio que recortan, en cada mirada que implica el saber de la lectura que reconoce, menos a un autor canónico (entendiendo el canon como atributo de la estabilidad institucional, del conocimiento inmóvil) que a una máquina de producir hasta la actualidad, nuevos textos, lecturas y autores. Una bifurcación de series, constelaciones, ejes y formaciones, donde el sistema de la literatura argentina, refrenda en algún lugar (Piglia, Saer, Kohan) la herencia borgiana y en otros (Aira, Lamborghini, Copi) un ensayo a contrapelo de su huella estelar.